



Reflexiones en torno al registro televisivo del Servidor

Gabriel Bravo

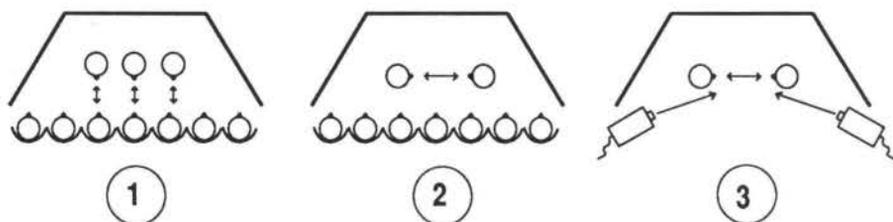
Director de televisión

La larga historia del teatro y el reciente inicio de la televisión, aunque son diferentes medios, tienen en común el enfrentamiento de la puesta en escena. La transferencia de experiencias especialmente del teatro a la televisión y ahora, en **El servidor de dos patrones**, la necesaria adaptación del teatro al desarrollo que ha tenido el público como integrante de la acción logrado por el cine y la televisión, hacen que estos medios en conjunto mejoren la relación entre los personajes y el público.

Ramón Griffero, quien juega a reírse de y con Goldoni, transforma la comedia del arte en arte en comedia y mezcla el teatro antiguo con cuerpos y

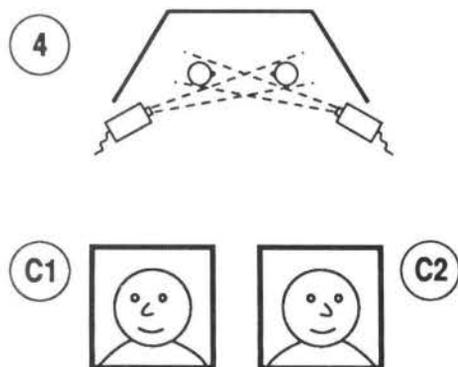
espacios de hoy; recorre el renacimiento y el romanticismo rescatando de esos montajes la importancia que se le otorgaba al público en la puesta en escena. Los personajes dirigen su actuación hacia el espectador (1). Este método, si bien es cierto enriquece la relación entre el actor y el público, hace de los personajes una interacción que no ayuda a la verdad que debe producirse en el escenario. Más tarde, la búsqueda de realismo giró a los actores hacia ellos mismos, dejando al público sólo como testigo de la acción que se dejaba ver a través del "derribamiento" de la cuarta pared del espacio escénico (2).

La televisión, utilizando la experiencia del



cine, es capaz de trasladar al público a distintos puntos de vista, dependiendo de la posición que adopten las cámaras; esta facultad permite acercar la dirección de relación entre los actores y la dirección de relación de los actores con el público (3).

Los que asistimos a una sala de cine y nos enfrentamos constantemente al televisor, hemos aceptado gratamente esta situación protagónica en el espacio escénico: las distintas cámaras recorren intrusamente el espacio escénico y nos permiten en un instante estar en dos o más lugares de observación; pero esta habilidad no soluciona el problema. Si analizamos dos imágenes sucesivas en el lenguaje televisivo, podremos constatar con asombro que se vuelve a reproducir la situación del teatro antiguo: los personajes se "ven" frontales al telespectador (4); el ángulo de sus miradas no convergen en ellos mismos.



El asombro de esta constatación se produce porque lo que no se puede solucionar en forma realista, entra en el terreno de la convención. Se pide al público que acepte estas anomalías con el simple hecho de establecer que así va a ser el lenguaje, y el público acepta y se "convence" de que así es.

Otra característica del lenguaje televisivo es el uso del primer plano, una técnica que permite observar de cerca las más mínimas acciones y reacciones de los actores; pero esta potencialidad impide visualizar el espacio intermedio y la distancia que existe entre dos personajes.

A esto juega Griffiero. Descubre en el teatro antiguo elementos del cine y la televisión de hoy. Una puesta en escena propia de un tablero de ajedrez, donde todas las piezas-personajes encaran permanentemente al público y se mueven con las mismas reglas de este deporte. El intento de suicidio de Clarice al ser despreciada por Silvio, está precedido por un movimiento diagonal A3TR a A8AR; las salidas de Silvio del escenario, sin justificación de acción, son como C3CR a C1TR y los constantes enfrentamientos entre Beatriz y Truffaldino, se producen en una interacción natural sólo entre dos torres a ambos costados del tablero de ajedrez.

Este último ejemplo incorpora, además, la situación televisiva de restarle importancia al espacio y distancia intermedia de los personajes, al estar a diez metros, y sólo el gesto de Beatriz de tomar de las solapas a Truffaldino hace que éste quede colgado de la supuesta energía de Beatriz. Silvio y Florindo llevan al extremo su relación con el público, al tener que compartir el frente del escenario en una forma teatral de hacer plano contraplano.

En fin, son muchos los ejemplos de la puesta en escena que están siempre en el límite de la convención, de la relación y de la risa. Llegar a registrar para televisión esta obra, como fue mi caso, planteó todas estas reflexiones partiendo por no permitirme aplicar las convenciones televisivas y aceptar las convenciones de Ramón Griffiero, sentando cómodamente las tres cámaras en las butacas del teatro (5).

